

Raíces de la intolerancia

**Juan Guillermo
Gómez García***

A la memoria de Luis Antonio, Toño, Restrepo, en el segundo aniversario de su fallecimiento.

“Hay demasiada miseria real y, añadiremos, demasiada nobleza auténtica en tal engreimiento, en tal embriagadora y desinteresada vanidad para permitir una sonrisa o un gesto de desdén a un hombre de sentimientos verdaderos: pero produce enorme desaliento en quienes se interesan en el destino de esta nación generosa, condenada así a perecer por la obstinación de los hijos. Ningún cambio ni reacción internos pueden, por ahora, mejorar su condición. El terco orgullo del pueblo español, agrupado en dos partidos, determinados ambos a sacrificar cualquier ventaja real en aras de su dignidad ideal, excluye toda probabilidad de compromiso. España debe ser gobernada, absoluta y exclusivamente, ya por la Junta apostólica, ya por la logia de comuneros: ni cederá un ápice de sus pretensiones, ni admitirá la posibilidad de incurrir en el más leve error”.

J. Ma. Blanco White,
en Sobre el carácter nacional, 1825.

Desearía comenzar esta intervención sobre las raíces socio-culturales de nuestra intolerancia civil y política tomando algunos pasajes pertinentes del cuento de Tomás Carrasquillas, “Luterito”, escrito hace más de cien años en medio de otra guerra civil que azotaba a Colombia. Desearía, pues, referirme muy expresamente a este relato aquí en Antioquia donde el incisivo potencial crítico de este gran escritor se ha inactivado bajo el mote de “costumbrista”. La historia en mención se desarrolla en el muy antioqueño —y conservador, es un pleonasma— pueblo Piedrasgorda, anclado en las montañas —es otro pleonasma—, agitado por el anuncio de las rebeliones liberales contra el gobierno conservador de turno. La matrona Quiteria Rebolledo de Quintana, encarnación de “Antioquia la soberana, la agreste soberana, (que) cifra en su fe el orgu-

* Profesor de la Universidad de Antioquia y de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Doctor en Literatura Hispanoamericana.

llo", ve inflado su corazón al olor de la pólvora, y no desperdicia un segundo para que, con fe exaltada y sublime, protagonice el alistamiento del batallón patriótico-religioso "Pío IX" contra los herejes rojistas, "olisqueros", ateos, lectores de Bentham, Tracy, Rojas Garrido, el *Diario de Cundinamarca* y otra literatura hedionda. La entusiasta, "la más piadosa, rica e influyente" señora de Quintana, asidua del simplón párroco Ramón María Vera, y apoyada en un tal Efrén Encinales (Efrencito, "un universalista en remiendos, componendas, remontas y soldaduras"), manifiesta "una de esas piedades ostentosas, que necesitan ruido y aparato", y no encuentran mejor motivo para enlazar su fe ardiente con la lucha contra el demonio encarnado en la severa y seria figura del padre Casafús. En una palabra la señora de Quintana, Quiterita (es una familiaridad del ingenioso hidalgo paisa), encerraba todo el acertijo de la cultura "hispanoantioqueña" en lo que ella tiene de más locuaz, coqueto y repulsivo.

Pedro Nolasco Casafús, cura adjunto a Vera, se caracteriza por su formación ilustrada y su temple incommovible, raro ejemplar de sacerdocio independiente, labrada su fe en la oración interior y la piedad derivada de Thomas de Kempis. Las virtudes apostólicas de Casafús, ajenas al encono partidista y al "caciquismo lugareño", entran en conflicto, indeseado, con las pretensiones de la "señora Quintana" que "sabía mucho, pero mucho Telémaco, había leído *El Evangelio en Triunfo* [la obra del renegado ilustrado peruano Pablo de Olavide] y todo el *Año Cristiano...*". La desgracia del padre Casafús se teje en el miope "corre-ve-y-dile" de la vida pueblerina, en la que la sola sospecha infundada y la intriga torpe se convierten, ineluctablemente, en evidencia irrecusable. Efrencito Encinales basa su acusación ante el padre Vera, en una característica argumentación que mezcla la hipocresía con el fanatismo:

Señor cura: Yo no soy el llamado, bajo ningún pretexto, a juzgar la conducta de un sacerdote tan ilus-

trado como el padre Casafús [pero si es así ¿por qué no se abstiene por lógica de juzgar?]; pero considero este asunto como caso de conciencia. La Iglesia católica, una e indivisible, es como la hostia consagrada [de una sola pieza! Quien pretenda quitarle un pedacito, niega el todo y deja de ser católico. En esto no hay término medio. O todo o nada, porque Jesucristo ha dicho: "El que no está conmigo está contra mí"].

Esta declaración militante de una Iglesia en pie de guerra permanente, intransigente e integrista, sin fisuras y atizada por el enemigo oculto y la exigencia de venganza, corresponde a un credo político-religioso que tiene justamente hondos raíces en la historia española. El acento de las guerras carlistas se denuncia en esta actitud, entendido el carlismo, como lo caracteriza Raymond Carr en su obra *España 1808-1975*, como "un credo negativo, una cruzada 'en pro de la eliminación de la canalla liberal', la batalla contra 'la Revolución', heredera de la herejía del siglo XVI y el ateísmo del siglo XVIII". Al clero colombiano, hegemónico conservador, le resultaba insoportable precisamente la "ilustración"—en el doble sentido de formación eclesiástica y carácter consecuente— del padre Casafús. Menos que piadosa resignación, debemos ver en la conducta del padre Casafús genuina convicción evangélica, al hacer caso omiso de las calumnias de sus enemigos y no declararse en público —en ocasión de la despedida del batallón y en el sermón del domingo— como ferviente anti-liberal. La "irresponsable" prédica por la paz condena al sacerdote. Suspendido por el Obispo de sus funciones sacerdotales, en privado confiesa Casafús a Vera sus "errores":

Así lo he comprendido, padre. No necesita de hacer ninguna protesta, ni disculparse conmigo: lo sé todo, sin que nadie me lo haya contado. Ya me suponía, de antemano, que mi silencio en el púlpito, sobre la guerra actual, iba a calificarse como hostilidad al Gobierno y como prueba de liberalismo. Desde mucho antes de mi sermón sobre la paz, vi las consecuencias, y siempre lo prediqué. Lo prediqué porque es el dictado de mi conciencia: siento que la paz es Dios y no la guerra, bajo ningún pretexto. Si esto ha de tomarse a liberalismo [hoy di-

rámos, en boga con la terminología hiperinflacionaria, a terrorismo], si por eso me suspenden, que sea en buena hora: la conciencia no se puede cambiar como se cambia la sotana".

Agrega:

Si por rojismo se entiende no predicar la guerra actual, soy rojo, y lo seré siempre, porque nunca predicaré ninguna guerra [...]. Sé que los liberales filosóficos están contra la Iglesia católica; yo soy ministro de esta Iglesia y, por lo mismo, no puedo apoyarlos. Pero esto no obliga ni me autoriza siquiera a azuzar los católicos contra ellos [...]. Es que las ideas no se acaban a cañonazos ni se propagan a bayoneta calada: los misioneros cristianos no usan más arma que su palabra; oponen la idea a la idea.

Ante la advertencia de Vera que Casafús está pasando, ante el pueblo, "por un Lutero y por un Calvino"—las cabezas visibles de la Reforma protestante— replica el ilustrado cura: "—¿Y eso qué importa, padre? 'No eres mejor porque te alaben, ni peor porque te denigren: sólo eres lo que eres ante Dios', ha dicho Kempis".

Traigo esta historia muy conocida por ustedes porque ella contiene los elementos básicos de la constitución socio-cultural de la intolerancia, que consiste en generar una "solidaridad mecánica", vale decir, la reacción irreflexiva de un grupo ante una —real, presunta o imaginada— amenaza exterior, frente a la que se exige una respuesta imperativa: "quien no está conmigo está contra mí". La duda reflexiva, la salvedad de voto por conciencia, la apelación a la instancia de una argumentación individual, están descartadas; el titubeo mismo está característicamente condenado. La motivación de la acción es el odio colectivo, la construcción grupal del enemigo determina la conducta, el entusiasmo y el fanatismo. La soberbia del padre Casafús consiste en pensar por sí mismo, conforme su fe pacifista, y actuar consecuente con ella. Vale decir, se comporta conforme a los imperativos de una conducta ilustrada, pero a su vez resulta la víctima propiciatoria, en el marco sofocante y fanatizado de la "Antioquia profunda". Como Pepe Rey, el fran-

co y desprejuiciado ingeniero, que visita el pueblo Orbajosa en la novela *Doña Perfecta* de Benito Pérez Galdós, Casafús se mueve en el marco de un conflicto trágico, en el que la violencia sacralizada motiva las pasiones mezquinas y los intereses soterrados de los lugareños. Casafús, como Pepe Rey, se cree por encima o, al menos, al margen, de la situación absurda que vive, y testifica con su sacrificio el plano ilusorio de la serena y tranquila conciencia que lo hace abominable para sus enemigos. Conocimientos y carácter deciden la situación extrema, en medio del fanatismo y la superstición reinante. La imprudencia de esa serenidad racional parece simétrica a la rabia engolfada de quienes habildosamente mezclan la fe del carbonero con el propio resentimiento ante "las luces" exteriores. Cabe tal vez advertir que la amenaza del orden cultural protagonizada por el padre Casafús (o el ingeniero Rey) lo hace responsable, consciente o inconscientemente, de las consecuencias trágicas del relato. Pero en cualquier caso, cabe al cuentista consciente de ese conflicto develar la espesa niebla que recubre la vida de provincia, que fija los cánones anacrónicos y destructivos de conducta religiosa y civil de "Antioquia la soberana, la agreste soberana, (que) cifra en su fe su orgullo".

Debemos recordar en el marco de este encuentro pedagógico sobre "Derechos Humanos y arte"* que ciento treinta años antes del cuento mencionado de Carrasquilla, en 1770, Voltaire había dado a luz su *Diccionario filosófico*, una mezcla de agudeza, ironía y memorables páginas. En su entrada "Tolerancia", se pregunta el escritor francés: "¿Qué es la tolerancia? Es el patrimonio de la humanidad. Todos estamos modelados de debilidades y de errores. Perdonémos las necesidades recíprocamente, es la primera ley de la naturaleza". En estas sencillas palabras

* Organizado por el Museo de Arte Moderno de Medellín y la Secretaría de Cultura Ciudadana, Alcaldía de Medellín, 2003.

con que abre su concepto de tolerancia, se destaca tanto el optimismo ilustrado por una humanidad compartida y en disposición de mejorar, como la advertencia de la naturaleza frágil, compuesta “de debilidades y necesidades” de los hombres. Voltaire apela a la razón, esa especie de chispa semi-divina, que por naturaleza posee el hombre, en el curso de su historia por más tímida que ella sea —muestra de ello es el catálogo histórico que nos legó con *Ensayo sobre las costumbres o Filosofía de la historia*—, y que justamente eleva al hombre a la inextirpable dignidad que lo caracteriza. No quiero entrar aquí con la interminable discusión de la crítica a la Ilustración que va de Herder a Ánges Heller, que nos ubicaría en el rico terreno de la diversidad cultural, por razones estrictamente didácticas.

Quiero insistir en este punto: la dignidad de la naturaleza del hombre, tiene una raíz, para Voltaire, al igual que para Diderot o Rousseau (es decir para los más conspicuos representantes de la Ilustración) en el hombre mismo. El hombre no se basta de razón, pero la razón determina la específica condición humana. La dignidad del hombre está enraizada en el hombre; éste encuentra la fuente de su dignidad en la circunstancia de ser hombre, sujeto dotado de voluntad libre y de razón. Esta idea muy extendida y que rueda de boca en boca, muy divulgada entre nosotros, no parece ser pensada en sus consecuencias sociales y políticas, civiles y religiosas. El hombre por ser hombre, por nacer, existir, respirar, pero sobre todo por su acción social creativa, por su trabajo, está dotado de dignidad. La dignidad, mejor dicho, es el bien supremo del hombre, y nadie ni nada —Estado, Iglesia, padre, maestro, comandante, jefe o cacique— puede atentar o debe atentar contra ese bien que caracteriza la humanidad. Ni las autoridades estatales, eclesiásticas, familiares, escolares, militares o policíacas, tribales ni las administrativas —públicas o privadas— pueden, impunemente, despojar o tratar de despojar a un individuo o grupo de individuos, de aquello que los hace congéneres: justamente su

condición de hombres dignos. La tolerancia es el patrimonio con que contamos para reconocer y exaltar la dignidad del otro que es la raíz y la fuente de nuestra propia dignidad. La simetría o correspondencia es en este propósito estrecha, más aún, indispensable.

“De todas las religiones”, escribe más adelante Voltaire, “la cristiana es, sin duda, la que tiene que inspirar más tolerancia, aunque hasta aquí los cristianos hayan sido los más intolerantes de todos los hombres”. Las contradicciones inconciliables y diversas opiniones sobre los mismos hechos, prácticas, creencias entre cristianos, empezaron con los apóstoles, y se extendieron a las sectas que, si bien perseguidas por el imperio romano, “se perseguían, sin embargo, unas a las otras en los subterráneos por los que se arrastraban, es decir, se proferían injurias, era todo lo que podían hacer en su abyección: casi todas estaban compuestas de gentes de la escoria del pueblo”. Con la introducción del platonismo, se menguaron las asperezas, lo que no obstó para que el mártir fuera considerado “como apóstata por sus hermanos, y el cristiano carpocratiano” que “expiraba bajo la espada de los verdugos romanos” fuera “excomulgado por el cristiano ebionita, que a su vez era anatemizado por el sabeliano”. Para concluir esta racha de insensateces, razonablemente, en una época en la que parecían haber quedado atrás las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII, pero donde el fanatismo se agazapaba bajo causas más diversas y ominosas: “Esta tremenda discordia, que dura desde hace tantos siglos, es una lección impresionante de que debemos perdonarnos mutuamente nuestros errores. La discordia es el gran mal del género humano, del que la tolerancia es el único remedio”. Por los intereses oscuros se sacrifica la paz, se viola la dignidad humana, se atizan la violencia y el fanatismo, indiscutiblemente ligados a todo acto de guerra. Sólo los intereses hacen tan deseables los prejuicios; la observación de los ritos y las creencias ocultan la causa mezquina que se desea satisfacer a costa

del otro. No ver la contradicción del dogma con la acción es parte de la personalidad cínica que define por antonomasia a quien predica, ostentosamente, defender una causa “noble”. Nada más contradictorio, resalta Voltaire, que la atención puntillosa de la religión católica, apostólica y romana “en todas sus ceremonias y dogmas” con “la religión de Jesús”.

A esta larga y torpe historia de la intolerancia, se une a nuestro ser histórico el acontecimiento de la Contrarreforma. No quiero olvidar que un pensador conservador como Carl Schmitt pretendió refutar las aseveraciones de Max Weber en sus reflexiones sociológicas sobre la estrecha relación entre protestantismo y desarrollo capitalista, al anotar la raíz racional del derecho canónico, pero no resulta sino necesario, para nuestro medio, insistir en la importancia de las consecuencias negativas de la religión católica contrarreformista en la constitución básica de nuestras sociedades. Habría sólo que remitirse al episodio citado en el cuento de Carrasquilla, cuando Efrén recuerda la frase de Cristo “o estás conmigo o estás contra mí”, para referirse a la importancia indiscutible y fundamental que tuvo la divulgación del Catecismo de la *Doctrina cristiana* (1599) del padre jesuita español Gaspar Astete en la configuración no sólo de una mentalidad religiosa agresivamente militante sino socio-culturalmente premoderna, como lo ha reiterado en varias oportunidades el profesor Rafael Gutiérrez Girardot.

Recordemos entonces, como lo señala Aline Helg en su libro *La educación en Colombia, 1918-1957*, que este Catecismo conoció más de seiscientas ediciones y fue profusamente distribuido en la América española, y particularmente, hay que resaltar su peculiar función en la mentalidad colombiana, en el siglo XX. Los gobiernos conservadores de los años veinte importaban los ejemplares, por miles, que paraban en manos de los curas quienes a su vez los hacían circular en las manos de las maestras de escuelas, hasta las

más lejanas veredas. “Sobre la maestra reposaba la enseñanza del catecismo a los niños. La escuela rural tenía para los campesinos la doble misión de dar instrucción religiosa y escolar. La maestra era la vocera del cura y su moralidad debía ser irreprochable...”. Su método de enseñanza era igualmente peculiar: “El aprendizaje de memoria de las oraciones o de ciertos pasajes del catecismo se prestaba relativamente bien a las condiciones de esas escuelas (rurales y veredales); a fuerza de repetición colectiva, los alumnos acababan por grabarse para toda la vida migajas de doctrina católica”. De ahí que en plena lucha bipartidista en los años cincuenta, Laureano Gómez fuera escuchado y seguido en su consigna “Nada peor que el indiferente”, es decir, el tolerante (luterano, liberal, masón, judío, comunista); no debe sorprender: son las uvas de la ira sembradas con tan piadosa persistencia.

El contenido doctrinario —enfático, afirmativo, indubitable— de los dogmas religiosos, por medio de un cuestionario de preguntas simples para respuestas contundentes, se combinaba con un método de colectivo aprendizaje a coro, en el que la adhesión grupal al dogma se identifica con el espíritu comunitario como un organismo integral. Fe y comunidad se alían en una causa inseparable. La base de esta formación educativa determina la sustancia, hasta ahora no superada, del fanatismo colectivo del colombiano, sin que las décadas que separan esta doctrina ciega y este método efectivista hayan logrado cortar con el nudo del fanatismo y la intolerancia. Los textos escolares que aún circulaban entre nosotros en los años sesenta todavía contienen inimaginables prejuicios históricos, en una regresión perpetua, que apenas insinúan una reconciliación con los presupuestos de la modernidad occidental. Todavía las figuras de Erasmo, Lutero, Calvino, los filósofos de la Ilustración o los efectos positivos e inevitables para la historia de la Revolución Francesa son incomprensidos en un proceso continuo y progresivo, cuando no denigrados o envilecidos. El no haberse comprendido Co-

lombia, como nación moderna, en el curso de esta historia, el no quererse inscribir en sus mejores momentos del espíritu de emancipación de la humanidad, es un ciego empecinamiento a persistir en sus tradicionales errores. Pensar mediante otros, en donde en principio se excluye la responsabilidad personal de los actos, es la consecuencia inevitable de este sistema perverso del dominio de una mentalidad pre-moderna¹.

Ni el sistema educativo básico y medio, ni tampoco la familia, la Iglesia, los medios de comunicación, la estructura universitaria, los partidos políticos, en fin, las instituciones centrales de la sociedad han contribuido, en forma consecuente, a fomentar una cultura política y civil de la tolerancia, de la solidaridad. El régimen de exclusiones, el estímulo a la injusticia social e inequidad grupal, sectorial, racial, de género, la insolidaridad militante, el odio colectivo, la guerra sorda de clases en sus múltiples modalidades—de los empresarios contra los sindicatos, de los grupos paramilitares contra los campesinos, del gobierno contra la llamada subversión, de los ministros de educación contra el magisterio—son partes del complejo rompecabezas de una estructura del atraso y para fomentar el atraso y la destrucción. La débil cohesión

1. Blanco White en su *Autobiografía* (1845) llama la atención—en un espíritu kantiano—de este auto-sometimiento de la conciencia del individuo y su consecuencia negativa en la vida pública como parte del sistema católico tridentino, fanático e intolerante en España y, por razones obvias, en sus tristes colonias de ultramar: “Ahora bien, en un país donde la conciencia de los individuos está en poder de otra persona [el cura confesor o, por extensión, cualquier otra autoridad secular], y así sucesivamente en interminable cadena de rendiciones morales, no es la inmutable disciplina de la determinación personal la que decide el deber, sino que todo lo que se hace es por obediencia a las opiniones de un extraño, y aun esa misma obediencia no se impone de manera absoluta ya que está inseparablemente relacionada con la existencia de un supremo poder dispensador. Por tanto, si una persona puede conseguir una opinión favorable a sus propios deseos, toda la responsabilidad moral de la acción recae en el consejero y el interesado tiene plena libertad de hacer su voluntad. El consejero, por su parte, al no tener conciencia personal de la acción tampoco puede tener remordimiento y, como consecuencia lógica del sistema, la moralidad del país, salvo el caso de personas excepcionales, carece de firme fundamento de la responsabilidad personal”.

nacional que los observadores han señalado para referirse a la sociedad colombiana hunde pues, sus raíces, en estas múltiples estructuras centrífugas y mutuamente autodestructivas. Como lo recordó oportunamente el profesor Luis A. Restrepo, en su texto *Proceso histórico de los Derechos Humanos en Colombia* (1992), el pacto del Frente Nacional de 1957 significó la absorción de la Iglesia por los dos partidos políticos y la renuncia del Partido Liberal “...a su propuesta doctrinal de un Estado laico, una educación laica y la constitución de una ética individual y secularizada”.

La difícil y compleja lucha por introducir en la vida social esta “ética individual y secularizada” en la base de la cultura nacional, ha fracasado en una medida visible: este año contamos con más de 28.000 muertes violentas, que reitera el no interrumpido “sabor de lodo y muerte” denunciado por el poeta Jorge Gaitán Durán en su texto *La Revolución invisible* (1959). Los principios de la individualidad, que desde el Renacimiento hasta la Declaración de los Derechos Humanos por las Naciones Unidas en 1948—pasando por los zig-zags de la Reforma, la Ilustración y su hija la Revolución francesa e, incluso, la Comuna de París y la Revolución rusa de 1917—, no han podido arraigar en el colectivo nacional, acaso porque la base que los sustenta ha tropezado con la terca estructura semi-estamentaria heredada de España. Quizá los casi doscientos años de Independencia, y los más de medio siglo de intensa vida urbana, no son suficientes para canalizar, por nuevos y creativos derroteros, las enormes energías sociales de un país tan diverso, complejo, un país de regiones, razas, culturas regionales arraigadas, machismo exacerbado, aislamiento y provincialismo, militancia auto justificativa. Porque hay que recordar que no se nace con el espíritu de tolerancia, la base racional de la convivencia en la sociedad moderna, sino que éste es el resultado de una construcción colectiva, lenta, a veces desestimulante y agobiadora. Se escucha con frecuencia, por profe-

sores, miembros de organizaciones no gubernamentales que luchan por los derechos humanos, por columnistas de periódicos, perplejas y desconcertadas frases sobre la situación de violencia, con un dejo de pesimismo. En este caso, nada de lo que se haga por divulgar estos principios—como lo muestra este Foro—es una semilla estéril, pero también es cierto que esta intolerancia cuasi-sustancial de nuestra cultura obliga a redoblar todos los esfuerzos por extirpar sus fundamentos. Adorno y Horkheimer, en el prólogo de 1967, a su genial pero en cierto modo problemática obra, *Dialéctica de la Ilustración* (1944), sostenían que el espíritu ilustrado había creado sus consecuencias negativas, pero que sin la Ilustración no era posible tener una esperanza para la humanidad futura. Esta es otra paradoja: la sospecha de la razón es una razón legítima—tal vez la más sólida—para insistir en la importancia de una ética individual como eje de la tolerancia.

Debemos insistir en este punto, en un país como Colombia, en el que el carácter paranoide compulsivo y la atmósfera de sonambulismo colectivo, como lo caracteriza el profesor Rubén Jaramillo Vélez, no sólo hacen invertir los términos valorativos de las acciones sino que se despreocupa de sacar las consecuencias lógicas de las mismas. La responsabilidad individual, la conciencia civil de los actos, la autoconciencia del sentido y alcance de las palabras, no se piensan en sus contornos, ni se busca lógicamente su estrecha correspondencia. Se presume vivir en un autismo auto-referencial, que hace al individuo que actúa mal, perversamente, como un bienhechor social. No resulta sino espeluznante comprobar que quien mata se “siente bueno” (de ahí tal vez la campaña “Los buenos somos más”). El carácter psicótico del sicario que se hace un tatuaje en el dedo con que dispara, como lo recuerda Jaramillo Vélez en su texto “*Ilustración y tolerancia*”, o del delincuente que reza ritualmente las balas, como se describe en *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, es parte in-

tegral de la estructura cultural de la intolerancia. Lo “real maravilloso” colombiano sería, no cabe sino insinuarlo, que las balas rezadas no mataran (¿pues qué milagro hay en el hecho que, no obstante rezadas, las balas cumplan su objetivo de fabricación: matar?); o que el gatillo, que presiona el dedo tatuado, se atascara. Estas prácticas son intolerancia estructural, básica, en la que la causa efectiva es quien dispara “el tote”, aunque las causas remotas e “invisibles” son múltiples. Gracias al arraigo supersticioso de la vida social en su conjunto se hace posible que quien asesina se sienta lo contrario: bueno, valiente, heroico. Cuando un sicario dispara sobre una persona que, de manera invariable, considera una “gonorrea”, se acerca más a la antropología ignaciana que considera al hombre una “llaga” que a la concepción humanista-ilustrada de la dignidad humana como presupuesto de la sociabilidad moderna. Así que el sicario no liquida a un ser humano, sino una enfermedad contagiosa; hace un bien que, antes de dar lugar a una carga de conciencia, se convierte en causa de exhibicionismo jactancioso. Creo que sobre ese rebaladizo terreno se han venido recreando—con cierto grado de irresponsabilidad civil—las imágenes estéticas de un fenómeno humanamente tan degradado como es la violencia en nuestra ciudad. El ángulo del lente de una cámara que busca resaltar sólo el lado folclórico-urbano del asunto, a favor de lo llamativo y espectacular, vela el dolor en sus más hondas manifestaciones, el problema más profundo que esconde una realidad social tan devastadora. Con todo, habría que advertir que entre el valioso y brutal hiperrealismo de “Rodrigo D No Futuro” de Gaviria a la reciente versión cinematográfica—de *softporno*—de “Rosario Tijeras” hay una regresión deplorable.

Nada repugna más a la conciencia que la ostentación jactanciosa, a la manera de la Quiteria carrasquillana, cómo el sicario confiesa sus crímenes; se envanece de ellos. Hay cierto coro de complicidad e incluso de confeso orgullo ante

semejantes historias de degradación moral e impudicia social. La constante y monotemática consigna oficial de “destruir y derrotar” al enemigo –comparado burdamente como una culebra– nutre esta psicosis de inversión de valores morales y civiles. Es un nuevo carlismo, un credo negativo, una cruzada infame, oportunista y anacrónica, sólo apta a la autodestrucción del país. Hay una valla institucional que dice más o menos “paisa no mata paisa” por solidaridad mecánica, como una especie de identidad regional llevada al absurdo y, frente a la cual cabe preguntar, y ¿si no es paisa? y ¿si el paisa es negro, gay, comunista o simplemente dejó de vosear, sigue siendo paisa? Sólo esta idiota consigna –anticosmopolita– puede ser diseñada por unas élites vergonzosas y en retirada agresiva. El síndrome de autoconservación pulsional se convierte en autodestrucción masificada. Es el uribismo profundo manifestado en estos reproductores conscientes e inconscientes de una propaganda subliminal de una afirmación perversa de los valores telúricos, de la sangre y la tierra.

En fin, el manoseo de las voces derechos humanos o del derecho internacional humanitario por parte de los actores armados, de los medios de comunicación y de los funcionarios estatales, de profesores de la materia incluso, nos parece otra de las perversiones injustificables. Los “DD. HH.” o “D. I. H.” (siglas que deben erradicarse porque deshumanizan el discurso, como si fueran otro grupo armado, enemigo o aliado) no son un llavero, que se trae o se deja; se pierde por raticos y se encuentra cuando se precisa denunciar “al otro”. Ese juego verbal, que consiste en justificar sus propios crímenes como legítima respuesta a los crímenes del otro, es el juego de un relativismo pernicioso. Los derechos humanos terminan así expuestos en un mercado, en una subasta o segundazos, en la que el mejor postor es quien sea capaz de exhibir el mayor número de atrocidades. Reclaman éstos la impunidad de sus acciones como si el número y el

horror masificado producido por sus tropas fuera la mejor muestra al cultivo de una civilidad ejemplar y –para escarnio– premiada. Son ellos, justamente, los que respaldan su fe negativa en la dignidad natural del ser humano: precisamente lo que no deseamos ni podemos, bajo ninguna circunstancia, tolerar; ni olvidar ni perdonar ni negociar, bajo ningún pretexto o interés.

No puede terminar esta charla sin citarse la “Oración a Dios” de Voltaire, contenida en su *Tratado de la tolerancia*, escrito en 1763 con ocasión de la muerte de Jean Calas, que por su belleza serena, delicado fervor y humanismo erasmista conserva una vigencia cada vez más actual para nuestra lacerada Colombia:

Ya no es por lo tanto a los hombres a los que me dirijo, es a ti, Dios de todos los seres, de todos los mundos y de todos los tiempos: si está permitido a unas débiles criaturas perdidas en la inmensidad e imperceptibles al resto del universo osar pedirte algo, a ti que lo has dado todo, a ti cuyos decretos son tan inmutables como eternos, dignate mirar con piedad los errores inherentes a nuestra naturaleza; que esos errores no sean causantes de nuestras calamidades. Tú no nos has dado un corazón para que nos odiamos y manos para que nos degollemos; haz que nos ayudemos mutuamente a soportar el fardo de una vida penosa y pasajera; que las pequeñas diferencias entre los vestidos que cubren nuestros débiles cuerpos, entre todos nuestros idiomas insuficientes, entre todas nuestras costumbres ridículas, entre todas nuestras leyes imperfectas, entre todas nuestras opiniones insensatas, entre todas nuestras condiciones tan desproporcionadas a nuestros ojos y tan semejantes a ti; que todos estos pequeños matices que distinguen a los átomos llamados hombres no sean señales de odio y persecución; que los que encienden cirios en pleno día para celebrarte soporten a los que se contentan con la luz de tu sol; que aquellos que cubren su traje con una tela blanca para decir que hay que amarte no detesten a los que dicen la misma cosa bajo una capa de lana negra; que dé lo mismo adorarte en una jerga formada de una antigua lengua o en una jerga más moderna; que aquellos que cuyas vestiduras están teñidas de rojo o violeta, que mandan en una pequeña parcela de un pequeño montón de

barro de este mundo y que posee algunos fragmentos redondeados de cierto metal, gocen sin orgullo de lo que llaman grandeza y riqueza y que los demás los miren sin envidia: porque Tú sabes que no hay en esas vanidades ni nada que envidiar ni nada de que enorgullecerse.

¡Ojalá todos los hombres se acuerden que son hermanos! ¡Que odien la tiranía ejercida sobre sus al-

mas como odian el latrocinio que arrebató a la fuerza el fruto del trabajo y la industria pacífica! Si los azotes de la guerra son inevitables, no nos odiamos, no nos destruimos los unos a los otros en el seno de la paz y empleemos el instante de nuestra existencia en bendecir por igual, en mil lenguas diversas, desde Siam a California, tu bondad que nos ha concedido ese instante.